



El deseo de
los accidentes **Rafael**
Caunedo

El matrimonio de Blanca, policía antidisturbios, y Alberto, profesor de Historia en un instituto, no pasa por su mejor momento a pesar de que acaban de ser padres. Después de su baja maternal, Blanca vuelve al trabajo, pero nada es como antes: siente que ya no está en forma y no puede dejar de pensar en su pequeña. El primer día la envían a cubrir la seguridad de un partido de la Champions, pero el fallo en el tiro de una bala de goma en una de las cargas policiales provocará que esa noche acabe de manera trágica. Este fatídico accidente supondrá el descenso a los infiernos de Blanca, que entrará en una espiral de destrucción con consecuencias devastadoras.

Con una sensibilidad extraordinaria para transmitirnos las emociones de unos personajes totalmente humanos, este *thriller* psicológico con tintes de *domestic noir* nos habla sobre el lado más oscuro del matrimonio, los conflictos de la maternidad, las consecuencias de seguir nuestros instintos y la obsesión por la búsqueda de la verdad.

Índice de contenido

Cubierta

El deseo de los accidentes

Tenía miedo a parar de respirar

Parecía un día normal, pero no lo era

En ese momento se cuestionó si tenía alma

Vi lo mismo que tú

¿Se podrá llorar sin ojo?

Son los efectos colaterales del sistema

«Un país sin sombras»

¿Importa mi opinión?

Y Sorrentino vino en su ayuda

¿Crees que conozco a todo el mundo?

Siempre depende

Me llevo este

Le hubiera gustado sincerarse con él

No la conocía

No, gracias, ya me lo pongo yo

Tu perdón no arregla nada

Acababa de tomar la decisión de hacerlo

Ahora quedaba el golpe de efecto

Una idea, malévola y retorcida

La orden

Ese cosquilleo

¿A ti qué te hace feliz?

Para: Rolando Carnevale

Había que jugársela

Estamos a tiempo de pararlo

Con él, cinco

Necesitaba que alguien pensara por ella

Un trámite. Uno más

Granada

O todo o nada

Este libro nunca hubiera sido posible sin ti

No había nacido para torturador

Cuando pensaba que nada podía ir peor, se equivocaba

Había llegado el día

Partida en dos

Pero ¿qué escritor está totalmente centrado?

¿Quiere saber la verdad?

Descríbeme su situación

Sacadme de aquí

La vida de un hombre depende de ellas

Todo queda en familia

En mi opinión, sí

¿Con qué posibilidades cuento?

Significa exactamente lo que crees que significa

¿Qué coño estamos celebrando?

Ahí te pudras

Sobre el autor

Tenía miedo a parar de respirar

Estaba aturdida; justo en esos segundos en que su cerebro dudaba entre la consciencia o la placidez del desvanecimiento. El impacto había sido brutal, tanto que, en el momento del golpe, sus piernas flaquearon desconectadas del resto del cuerpo y perdieron la rigidez necesaria para mantenerla de pie. Cayó como cae la nieve acumulada en un tejado: desplomada y sin forma, casi licuada. Quedó tendida en el suelo sin apenas poder abrir los ojos, con un parpadeo espasmódico, intuyendo formas a su alrededor: bultos corriendo apresurados, movimiento de luces, colores y estelas luminiscentes. El sonido de sirenas, gritos y cánticos lejanos la confundían, rebotando en el cráneo sin poder salir, acumulando dentro de su cabeza la presión de una gran olla.

Alguien se paró a su lado, se agachó y le dijo algo. Era una voz distorsionada, parecida a la de los efectos de sonido de su teléfono. Fue incapaz de entender lo que le decía, pero sintió cómo le sujetaba la pierna doblada de mala manera y se la colocaba con delicadeza en una posición más cómoda. Era un hombre, eso seguro, parecía tener barba. Le apartó el pelo de la cara. Estaba pegado, húmedo y enmarañado. «¿Eso es sangre?». Quiso hablar, pero no pudo.

Tenía miedo a dejar de respirar. Sentía el aire pasar por la nariz atrayendo el polvo sucio de la acera. La respiración la mantenía unida a la vida. Pensaba en ella mientras su cuerpo cobraba peso y parecía soldarse al pavimento, deshaciéndose como el alquitrán en verano.

El parpadeo fue cesando poco a poco, a medida que la consciencia se diluía entre una mezcla de dolor extremo y la voluntad de dejarse ir. De pronto hubo un movimiento de gente corriendo de manera sincronizada. Lo último que vio, o creyó ver, fue a aquel hombre ponerse en pie y levantar los brazos mientras parecía gritar. Detrás de él intuyó un caballo, no, dos, ¿o eran más? Olía a pólvora. Unas botas de montar se plantaron a su lado. Gritos, empujones, disparos. Antes de perder el conocimiento vio tres bultos con un aura amarillo chillón que se acercaban hasta ella. Creyó que eran los ángeles que venían a llevársela. Pensó que había llegado la hora y se asustó, aunque no tuvo fuerzas para pensar más. Cuando los tres médicos del SAMUR la subieron a la ambulancia ya estaba inconsciente.

Parecía un día normal,
pero no lo era

Había llegado el día.

¿Cuánto tiempo llevaba sin ponerse el despertador a las siete de la mañana? Lo sabía perfectamente y, aun así, Blanca realizó el cálculo mental: dieciséis semanas de baja maternal y cinco más por riesgo de parto prematuro. Total: cinco meses y pico, casi medio año, una barbaridad.

Amanecía en Madrid. Parecía un día normal, pero no lo era.

Tenía ganas de volver a trabajar. Echaba de menos a sus compañeros y necesitaba salir de casa y sentirse útil. No es que ser madre y cuidar de Edurne no fuera suficiente responsabilidad, pero estar veinticuatro horas al día dedicada a un bebé podía ser exasperante para una persona como ella, para un carácter como el suyo. Aun así, lo primero que hizo al levantarse fue asomarse a la cuna. Alberto, su marido, le había pedido muchas veces que aceptara la recomendación médica de procurar que el bebé durmiera en su propia habitación para que no se acostumbrara a los ruidos, incluida la respiración, que emitían sus padres justo al lado, pero ella insistía en que ya habría tiempo. Le gustaba sentirla cerca. Oír cómo mordía el chupete.

Edurne dormía plácidamente, bocarriba y con los brazos abiertos, con esa sensación de indiferencia de la que solo un bebé puede disfrutar, porque le importa todo un bledo. Blanca no pudo evitar agacharse y besarla en el cuello, inspirando su olor para recordarlo durante el día. Leche, saliva y sudor dulce. A Alberto, en cambio, lo miró

de reojo, con un fugaz repaso al brazo desnudo que reposaba sobre el edredón; un brazo blanco, no especialmente musculado y con una leve dureza rojiza en el codo. Su despertador, escondido detrás de una pila de libros sobre la mesilla, sonaría media hora más tarde.

No estaba cansada. Al contrario, se sentía con más ánimo al saber que por fin volvía a trabajar. Los compañeros, el ajetreo y esa necesidad de formar parte de algo. Algunas amigas, madres primerizas también, le habían pronosticado un duro reingreso. «No sabes cómo lloré el día en que salí de casa. No paré hasta llegar a la oficina». Pero Blanca no. Se duchó con prisas, desayunó de pie apoyada en la encimera de la cocina y se cepilló los dientes sin demasiado rigor, todo ello porque no quería que Edurne se despertara. Su suegra iba a venir al cabo de un rato. Cuidaría de ella los primeros días, el tiempo que fuera necesario hasta que encontraran a alguien que se encargara de hacerlo o, si llegaba a un acuerdo con Alberto, hasta que la llevaran a una guardería.

Por fin estaba lista. Nada de maquillaje, ni una gota de perfume, ni un sutil toque de color en los labios. Cero abalorios. Nada de reloj. El pelo recogido en una simple cola de caballo sujeta con una goma elástica negra que destacaba sobre sus mechaz rubias. Se miró en el espejo de la entrada y se dio el visto bueno con un repaso apenas interesado. Vaqueros desgastados, zapatillas de deporte, camiseta blanca y cazadora negra de cuero; todo muy neutro, sin marcas. Después, como hacía siempre antes de salir de casa, fue hasta su habitación y abrió el último cajón de la cómoda, el único cerrado con llave. Muy despacio para no despertar a su marido y a su hija. Se giró para comprobarlo antes de sacar la cartuchera de cuero. Luego se cercioró de que la Heckler & Koch USP Compact tenía el seguro puesto y se la cargó en el hombro para ocultarla bajo la cazadora. Antes de cerrar rozó con los dedos la estampita de san Fermín que le regaló su padre el día de su

comuni3n. Un gui3o y un ruego en silencio: el mismo de cada ma3ana.

Sus amigas se equivocaron; no llor3 nada.

Se hizo el dormido. 3ltimamente siempre se hac3a el dormido. Aparentaba relajaci3n absoluta con el brazo por encima del edred3n, dando la espalda a Blanca y a Eburne. Hab3a o3do el despertador de su mujer y se hab3a quedado inm3vil como un animal asustado, agazapado por la llegada inesperada de un depredador. Con los ojos cerrados, imaginaba detr3s de 3l cada movimiento de su mujer. La pod3a recrear en su mente como si la estuviera viendo. La imaginaba sentada en la cama unos segundos observando a Eburne en la cuna, inclinarse para besarla y despu3s levantarse para dirigirle a 3l una mirada de reojo, una de esas miradas que solo sirven para cerciorarse de algo. Una simple comprobaci3n. S3, Alberto estaba all3. A3n estaba all3.

Sab3a que su despertador sonar3a media hora m3s tarde, pero llevaba unos cuantos meses despert3ndose antes de que se activara. Cada noche lo pon3a solo por rutina, aunque tuviera la certeza de que no iba a necesitarlo. Desde la cama, metido en el papel, o3a a Blanca en la ducha. La imagin3 desnuda y brillante, suave y apetecible. Dar3a lo que fuera por enjabonarla; la espalda primero y luego todo lo dem3s. Todo. «Y despu3s foll3rmela».

Un poco m3s tarde la oy3 trajinar en la cocina. Llegaba olor a caf3 hasta la habitaci3n. «¿Me levanto?». Lo dud3 el tiempo justo para no hacerlo. Blanca no tard3 en volver para pasar al ba3o y cepillarse los dientes. Un nuevo beso a Eburne y a 3l ni caso. Alberto sab3a que no le besar3a. Ya no le besaba para despedirse. Presumi3 que Eburne cambiar3a las cosas y que su llegada a la casa supondr3a un acercamiento entre ellos, una vuelta a la normalidad de los primeros a3os. Pero no.

Oyó la cerradura del cajón de la cómoda. Odiaba ese puto cajón. Continuaba simulando un sueño que no tenía para no ver aquella pistola, para no tener que contemplar cómo su mujer salía de casa dispuesta a jugarse la vida.

Y él allí, haciéndose el dormido.

Llegó a la comisaría con ganas, animada por el día primaveral que la acompañaba. Aparcó el coche al fondo del parking descubierto, en la zona de visitas –pronto le reasignarían su plaza habitual en el subterráneo–, a unos cien metros del edificio, y durante ese minuto de tránsito inspiró varias veces para bajar las pulsaciones. «¿A cuento de qué estoy nerviosa?», se preguntó mientras echaba en falta la nicotina a la que fue adicta hasta que se quedó embarazada. Miró la bandera, que apenas se movía en lo alto del mástil, y luego alzó la vista al edificio acristalado, de diseño moderno y funcional, en el que desde hacía dos años estaba ubicado uno de los doce grupos operativos de la Unidad de Intervención Policial de Madrid, la UIP, a la que todo el mundo seguía conociendo como «los antidisturbios».

«Vamos allá», se dijo a la vez que se colgaba del hombro la bolsa de deporte donde llevaba el uniforme.

Junto al arco de seguridad montaban guardia dos policías nacionales, muy jóvenes y sin galones, que permanecían sentados en sendas sillas de oficina. Sus botas, recién cepilladas, brillaban de puro nuevas. Aquel puesto era el destino asignado siempre a los novatos. Ninguno de los dos conocía a Blanca, así que ambos saltaron de su silla cuando vieron que aquella mujer evitaba el detector de metales, como tenía por costumbre hacer cada mañana.

–Espere, espere, espere –dijo uno de ellos plantándose frente a ella con la palma de la mano extendida.

Blanca se ahuecó la cazadora con cierta resignación para enseñar dos cosas: la placa y la Heckler & Koch. Pero

el celo profesional de los novatos los obligó a hacer las comprobaciones pertinentes en su ordenador. Mientras uno tecleaba el otro se quedó junto a la visitante. Apenas habían tenido tiempo de acceder a la base de datos de la policía cuando desde el otro lado de una segunda puerta de cristal se acercó dando voces uno de los agentes más veteranos del grupo operativo.

—¡Pero, bueno, mira quién está aquí! —dijo Gerardo abriendo los brazos—. ¡Pero si es Kung Fu Panda!

Blanca sonrió al oír el mote con el que la conocían en la unidad, pero antes de dirigirse hacia su compañero pidió permiso a los novatos con un guiño.

—¿Puedo ya?

Ambos recularon al mismo tiempo y la saludaron con la marcialidad que aprendieron en la academia. Cuando Blanca y Gerardo estaban a punto de desaparecer por los pasillos de la comisaría, uno de los novatos se atrevió a preguntar:

—Sargento..., ¿por qué la llaman Kung Fu Panda?

No fue ella quien contestó.

—Parece dulce y angelical, ¿verdad? —dijo Gerardo—. Pues no te equivoques, chaval, da unas hostias como panes.

Gerardo era enorme, hasta el punto de parecer que Blanca se desvanecía bajo su abrazo. Juntos se adentraron en el edificio. A cada paso alguien se acercaba para saludarla. Cómo echaba en falta esas palmadas en la espalda. Era, sin duda, la protagonista de una anodina mañana. Todo eran felicitaciones y enhorabuenas. Con cualquiera que se cruzaba por los pasillos tenía que detenerse para contarle lo bien que dormía Eburne, lo glotona y lo rematadamente buena que era. «Eso sí —aclaraba luego—, ya echaba de menos esto». Lo decía abriendo los brazos e inspirando con satisfacción, como si lo que añorara de verdad fuera el aire viciado de aquel edificio que llamaban in-

teligente y que carecía de sistema de apertura de ventanas.

–Os echaba de menos a vosotros, cabrones.

Blanca tenía un caminar extraño, con las piernas ligeramente combas y los pies apuntando hacia dentro, no mucho, pero sí lo suficiente como para que se apreciara con una simple ojeada, de modo que las suelas de sus botas se gastaban más por la parte exterior. Jamás se la veía con falda, ni siquiera cuando tenía que arreglarse para alguna celebración, y su prenda fetiche eran los vaqueros. Era compacta, con apariencia atlética. Tenía además un exagerado movimiento de brazos que le daba un aspecto desafiante. De zancada corta pero rápida, siempre terminaba elevando el talón antes de avanzar, como si se pusiera de puntillas a cada paso, lo que provocaba que la cola de caballo tuviera un constante ritmo bailarín, igual al de un limpiaparabrisas, de hombro a hombro, que hacía que fijaras la atención en su espalda, triangulada gracias a la cartuchera y a sus trabajados dorsales.

Sabía que no era femenina, pero no le daba importancia. A su marido tampoco le molestaba, porque se conocían desde que compartieron pupitre en el colegio y siempre había sido así: la única niña en las clases de judo, la mejor jugando al fútbol –incluidos los chicos– y la más rápida del centro en correr los cien metros. Alguna vez oyó que la llamaban marimacho, pero nadie se atrevió a decírselo a la cara.

Aquel primer día del regreso caminaba por los pasillos de la comisaría con paso firme y seguro, sabiendo que aquel era su ambiente, el espacio donde ella se reconocía. Gerardo la puso al tanto de las novedades hasta la misma puerta de los vestuarios. Durante el trayecto Blanca se cambió varias veces la bolsa de deporte de un hombro a otro porque le molestaba la presión sobre los desentrenados trapecios.

–Me voy a cambiar y luego le haré una visita al inspector –informó antes de entrar–. Espero tener tiempo para entrenarme algo a lo largo del día. Necesito activarme de nuevo.

–Pues no sé, la verdad. Vas a tener que esperar. Creo que hay movida.

–¿En serio?

–Sí. ¿No te apetece ir al fútbol o qué? –dijo Gerardo alejándose de ella–. Tenemos una divertida tarde de Champions.

El vestuario estaba vacío. Olía a una mezcla de lejía, Reflex y detergente de limón. Se sentó en un banco de madera frente a su taquilla, con un dibujo de Kung Fu Panda en el interior, y se quedó absorta aprovechando el repentino silencio. Le reconfortó comprobar que su nombre seguía pegado en la puerta con una cinta de DYMO: sargento Blanca Zárate. Sacó el uniforme y lo dejó desplegado sobre el banco. Lo miró y se sintió orgullosa de poder honrarlo. Se acordó de su padre, policía como ella, de quien heredó el amor por el Cuerpo, muerto en acto de servicio durante un atraco en el barrio de Salamanca. Dobló los pantalones vaqueros de mala manera y los dejó en la taquilla sin utilizar las perchas. Jamás las utilizaba, al contrario que sus compañeras. Lo mismo hizo con la camiseta, abandonada sin cuidado hasta que llegara la noche. Desdobló la camisa azul marino y comenzó a abotonarla con una sensación extraña. Algo parecía haber cambiado. El pecho le apretaba más de la cuenta, tanto que la camisa se abría entre los botones, dejando ver el blanco del sujetador. Se miró en el espejo e intentó disimularlo. No pudo, pero pensó que el jersey lo taparía todo. Había engordado, no cabía duda. Le costó cierto esfuerzo que los pantalones le pasaran por los muslos. Daba patadas al aire y saltaba para conseguir subirlos. Metió tripa y aguantó la res-